

El secreto del Molino

A los ocho años, Manuelito ignoraba la existencia del alma. Aun no sabía que existiera la muerte. En su ingenuidad, la vida se le antojaba una eterna sucesión de días y de noches.

—¿Qué tienes, Manuelito?

—Nada.

—No. Tú tienes algo.

—Estoy triste, mamita.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas del perrito de la carbonería?

—Sí. ¿De «Carbón»?

—Ese. Todas las mañanas «Carbón» me saludaba con la cola. Me mostraba los dientes. Se reía. ¡Qué desgracia! Yo, entonces, le acariciaba, y «Carbón» me seguía hasta la escuela. Ayer no le encontré. Me dió rabia no verle. Hoy, tampoco le vi. Pensé que estaría enfermo.

—Señor Carbonero—pregunté—, ¿dónde está su perrito?

—¿Para qué lo quieres?—me repuso.

—Yo soy amigo de él. Y, como desde ayer no puedo verle...

—¿No sabes que a «Carbón» lo mató un automóvil?

—Pero, ¿no vendrá más, señor Carbonero?

—No. Está muerto.

—¿Y qué importa que haya muerto? Volverá lo mismo...

—Te digo que «Carbón» no volverá más. Lo mataron ayer... ¿Entiendes?

—No puede ser—le grité enfurecido—. El perro habrá muerto, no lo dudo, pero tendrá que volver... ¿No es cierto, mamita, que aunque «Carbón» haya muerto no dejaré de verlo alguna vez?

—No, hijo mio. Los que se van como «Carbón», no vuelven. El alma de los muertos sube al cielo.

—¿Qué es el alma, mamita?

—Es la fuerza maravillosa que nos hace vivir. Que nos da movimiento. Es un «algo» que sentimos adentro, y que no tiene forma material. Tal es el alma. Es Dios...

Manuelito quedóse pensativo. Ahora sabía mucho menos que antes. Esa misma noche tuvo un sueño febril. Vió que un automóvil pisoteaba a «Carbón» y que del pequeño cuerpo ensangrentado, surgía y se elevaba hacia las nubes, una paloma con las alas abiertas. Al día siguiente no quiso ir al colegio para que la ausencia del perrito no le hiciera sufrir...

—Quédate. No vayas. Te pondremos una alfombra en el patio y jugarás allí con tu molino.

Le dieron su juguete. Un juguete ingenioso y muy sencillo. Al menor movimiento del aire, las palas del molino daban vuelta. Diríase que algún secretó interno o un alma de milagro las movía... Manuelito contempló las cuatro aletas que giraban. Giraban sin cesar. ¿Quién las hacía mover? ¿Quién las hacía «vivir»?

—Debe de ser el alma—meditó—. ¡Yo quisiera saber cómo es el alma!...

Y con la estéril y profunda paciencia de un psicólogo, fué rompiendo el molino. Comenzó por el techo. Lo partió en dos pedazos. Sin embargo, las alas giraban todavía.

—No debe estar aquí. Buscaré más adentro.

Siguió la destrucción. Arrancó las paredes. Desfondó la casilla. Etc. Etc... Por fin, las alas rotas, dejaron de moverse.

—Mi molino ha muerto, lo mismo que «Carbón»— exclamó Manuelito—. ¿Pero en dónde estará el alma? Al cielo no ha volado. No la he visto.

La buscó. La buscó... Las cuatro alas, inmóviles, yacían entre los escombros del juguete. Desde ese día, el niño comenzó a creer que el alma era «un poco de viento». Nada más que un poquito de viento que nos hace mover los brazos y las piernas como a frágiles alas de molino. Como a patas de perro...
JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

Págs. 297 a 300 de *La ciudad de los locos*, editada por la casa MAUCCI de Barcelona, de venta en la librería de Falcó & Borrásé. Precio: C 1,50.